

ALBERTO

¿Interrogándole?

CONSTANZA

Acaso... Princesita de los sueños locos, ¿por qué no supiste esperar?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón en el Palacio Real. Habitaciones particulares del Rey.

ESCENA I

EL REY y el PRESIDENTE

PRESIDENTE

Nada puedo aconsejar a Vuestra Majestad en cuestiones de etiqueta palatina... Pero han de existir precedentes.

REY

Sí..., pero yo no recuerdo... En mis tiempos no ha habido ningún matrimonio desigual en nuestra familia.

PRESIDENTE

Perdone Vuestra Majestad. El príncipe Enrique Gustavo con la Condesa de Rosemburgo.

REY

¿Qué decís?... Si no se casaron nunca...

PRESIDENTE

Es verdad. Confundía.

REY

En aquel tiempo había más severidad. Si se hubieran casado no hubieran podido presentarse en la corte.

PRESIDENTE

La Condesa de Rosemburgo no era de tan legítima nobleza como el duque Alejandro. Ni el príncipe Enrique era muy joven cuando... su simulacro de boda. Su situación no podía inspirar tanta simpatía como estos amores de la princesa Constanza... Ya habrá tenido ocasión Vuestra Majestad de advertir lo popular de este enlace... Sin pensarlo nadie, ha sido un acto de buena política... ¡Y cuando es tan fácil contentar a todos!... El pueblo es un niño grande. Ya ve Vuestra Majestad: el que una princesa se case a gusto suyo, sin ninguna consideración a las conveniencias del pueblo, a él le parece una nueva conquista de la democracia, cuando, bien mirado, debiera parecerle lo contrario...

REY

Señor Presidente... Desde la llegada del príncipe Alberto parece que todos nos hemos dado a filosofar... ¿No habéis notado que el Príncipe no sabe hablar de nada sin deducir consecuencias filosóficas?...

PRESIDENTE

El príncipe Alberto es muy ilustrado.

REY

Sí... Hay algo en él de aquel rey Jacobo de In-

glaterra, al que llamaron el pedante..., tal vez injustamente... En confianza: creo que mi amada sobrina puede alegrarse de haberle desairado... La princesa Felicidad, en cambio, como se ríe de todo..., tendrá un motivo constante de risa con los razonamientos del Príncipe. Yo sabía que Suavia era país de filósofos, pero no creí que sus príncipes, educados tan militarmente, estuvieran tocados de esa dolencia.

PRESIDENTE

No opino como Vuestra Majestad. Algo bueno tendrá su filosofía cuando, a pesar de ella, son los primeros soldados del mundo y llevan camino de ser los primeros comerciantes. Dos cosas que parecen incompatibles entre sí, y quizá lo sean gracias a esa filosofía de que Vuestra Majestad se burla.

REY

¿Burlarme? No. Pero yo creo que todo se explica bastante por sí mismo, sin necesidad de buscar explicaciones perdiéndose en idealismos.

PRESIDENTE

¿Y hay nada más práctico que el idealismo? Prefiera siempre Vuestra Majestad un pueblo que sueña a un pueblo que duerme.

REY

Lo dicho... Suavia nos conquista.

PRESIDENTE

Y no por la fuerza de sus armas... Ya ve Vuestra Majestad cómo no es tan inútil su filosofía.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
núm. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA II

DICHOS y el PRÍNCIPE MÁXIMO

REY

Adelante, querido Máximo.

MÁXIMO

¿No interrumpo graves deliberaciones, señor Presidente?...

PRESIDENTE

¿Cómo está Vuestra Alteza?

MÁXIMO

Estoy más animado... Sometido a un nuevo régimen.

REY

¿Acertaron con tu enfermedad?

MÁXIMO

Con la enfermedad no..., pero creo que esta vez he acertado con el remedio.

REY

¿En qué consiste?

MÁXIMO

Una nueva preparación que he descubierto: extracto de carne de canguro... Viene de Australia... En efecto, el canguro es un animal fuerte...; debe haber algo... Yo me siento otro...

REY

¿Y cómo te presentas así? ¿No piensas asistir a la comida?

MÁXIMO

Imposible...; con mi régimen...

REY

Sí; tu régimen consiste en libertarte siempre de todas las ceremonias oficiales..., ¡gran egoísta!

MÁXIMO

No me llames egoísta... ¡Es triste cosa que nadie ha de creer en mis padecimientos! Mi muerte os convencerá a todos...

REY

Dejemos tus aprensiones, que serían ridículas si no fueran tan cómodas... El Príncipe no ha necesitado estudiar en Suavia para aprender la mayor de las filosofías. Procura que todos se cuiden de ti para no tener que cuidarte de nadie.

MÁXIMO

¡Qué horrible injusticia! Cuando sólo hallo fuerzas para seguir viviendo en el cariño que os tengo a todos... Si no fuera por el sentimiento de dejaros...

REY

Sí, sí... ¡Vive por nosotros!... Estamos pendientes de una enfadosa cuestión de etiqueta... Tú puedes ayudarnos...

MÁXIMO

¿De qué se trata?

REY

Del orden de puestos en la comida de esta noche en honor del príncipe Alberto y en celebración de la próxima boda de nuestras sobrinas... El Príncipe, bien está... Pero ¿qué hacemos del duque Alejandro? ¿Debemos concederle ya un puesto de honor, o el que siempre le ha correspondido?

PRESIDENTE

Es novio oficialmente, pero no es todavía príncipe... La situación es delicada...

REY

¿Tú recuerdas algún precedente? Cuando la princesa Carolina Alejandro estaba para casarse, como casó después con un coronel sin título nobiliario..

MÁXIMO

No dejó precedentes. Cuando llegaba una ocasión de éstas, la Princesa no comía en Palacio... Prefería comer en su casa con el oficial.

REY

Vamos, como tú... Estaba a régimen.

MÁXIMO

Mi opinión es que en circunstancias excepcionales, todo ha de ser excepcional. Dejad a los novios que coman lo más cerca el uno del otro,

y, si acaso, intercalad entre ellos alguna venerable dama de honor que pueda recibir durante la comida una serie de cariñosos pisotones equivocados que la rejuvenezca, que buena falta les hace a casi todas.

REY

El asunto es más serio. He consultado con el Presidente...

MÁXIMO

No creo que se atropelle la Constitución... Consulta con Eudoxia... No tardará en venir... Quedaba vistiéndose... Ya sabes su autoridad en cuestiones de etiqueta... Yo nunca entendí de ellas... Además, no sé por qué, me parece que a Constanza le tiene sin cuidado estar más cerca o más lejos del duque Alejandro.

REY

¿Qué dices?

MÁXIMO

Lo que todo el mundo observa... Que el duque Alejandro ha tomado más en serio el papel de príncipe que el de enamorado... Que para príncipe, bueno era el otro, que siquiera lo es verdadero... Que Constanza por simpatía, y el príncipe Alberto por lo mismo, o, quién sabe, acaso por tomar su desquite de haber sido desairado... La coquetería no es patrimonio de las mujeres... No se separan un momento, en cuanto hallan ocasión de verse... Que Constanza está triste y el Príncipe alegre..., y el duque Alejandro, ya en su papel de marido, esto es, sin enterarse.

REY

Pero eso no puede ser... Nada de eso es posible.

MÁXIMO

Todo puede ser; todo es posible. Lo mismo decías cuando supimos que nuestra sobrina estaba enamorada y quería casarse con el duque Alejandro. No puede ser; no es posible... No conozco frases más desacreditadas... Nos empeñamos en gobernar al mundo, y es el mundo el que nos gobierna a nosotros...

REY

¿Pero vas a hacerme creer que Constanza pretenderá ahora, por un nuevo capricho, deshacer todo lo que ella misma ha trastornado?

MÁXIMO

Por eso justamente. Como lo ha trastornado, el deshacerlo es volver a ponerlo en orden...

REY

¿Pero tú sabes algo de cierto, o no son más que suposiciones, hablillas de la corte?... Que esté amable con el Príncipe nada tiene de particular; por haberle desairado estaba más obligada a ello. En cuanto al duque Alejandro, esa seriedad con que ha tomado su nuevo papel debe ser un motivo de satisfacción para todos. Yo confieso que le juzgaba algo frívolo y ligero... Pero en las últimas maniobras en honor del Príncipe ha presentado su regimiento como un modelo de

instrucción y de policía; prepara unos estudios sobre organización militar... Solicita el trato de los más distinguidos oficiales, se preocupa de los nuevos proyectos... Todo esto debe agradar a Constanza...

MÁXIMO

¡Ay! No conoces a las mujeres. Constanza le quería enamorado, nada más que enamorado... Le quería humilde, un poco en sombra. Como tú sólo has sido amado por vanidad, ¿qué sabes de esto como hombre?... Pero lo sabes como rey... ¿Cuándo has sentido más satisfecho tu corazón, al visitar la corte de algún soberano más poderoso que tú, que en su misma extremosa cortesía te hacía advertir su superioridad, o cuando aquí, más grande que nunca, con poder casi divino, firmas el indulto de algún condenado a muerte, el más triste, el más miserable de tus súbditos?...

REY

No hay duda...

MÁXIMO

Pues así es el verdadero amor, como un rey...; no en vano es rey del mundo. Goza más cuanto más rey parece. No es difícil que llegemos a odiar a quien todo se lo debemos. Por ingrato que sea con nosotros, siempre vemos con simpatía a quien nos lo debe todo. La misma ingratitud hace más patente nuestra bondad. El hombre sería el más extraño animal del mundo si no existiera la mujer.

REY

Nada de eso es razón para que nuestra sobrina haya podido cambiar en dos días de ideas.

MÁXIMO

Señor Presidente..., sabréis decírmelo, ¿cuánto puede tardar un político en cambiar de ideas?

PRESIDENTE

¡Alteza!

MÁXIMO

Todos sabemos que muy poco; pero no está bien citar ejemplos... Pues si tan poco tarda un político, ¿qué no será un enamorado?

REY

Pues si cree Constanza que otra vez hemos de estar a merced de sus caprichos...

PRESIDENTE

En efecto... Todos tenemos derecho a una locura o una tontería, y lograr imponerla puede parecer fuerza de voluntad, de carácter... Pero más de una, ya no es ni tener voluntad ni carácter... La consecuencia es una virtud, hasta en los errores...

MÁXIMO

Ahora comprendo por qué os obstináis en sostener a algunos ministros.

ESCENA III

DICHOS y la PRINCESA EUDOXIA

MÁXIMO

¡Eudoxia! Te esperábamos impacientes.

EUDOXIA

Pues no vengo muerta por milagro... Permite que salude...

PRESIDENTE

¡Alteza!

REY

¿Qué te ha sucedido?

MÁXIMO

¿Algo grave?

EUDOXIA

Esos horribles automóviles... Uno de ellos ha estado a punto de atropellar mi coche...

PRESIDENTE

¡Oh!

MÁXIMO

Ya lo oís, señor Presidente... La Princesa ha estado a punto de ser atropellada. ¿Es que no se cumplen las Ordenanzas de Policía?

PRESIDENTE

Hablaré con el jefe. Por fortuna, no ha sido más que el susto...

MÁXIMO

Pero la pobre es tan nerviosa... Y como siempre desata sus nervios conmigo...

EUDOXIA

¿Decís que me esperabais?

MAXIMO

Sí, para resolver una cuestión de etiqueta.

REY

No, eso ya no me importa. Me importa más averiguar lo que tú sospechas... Es algo más grave...

EUDOXIA

¿Qué sucede?

PRESIDENTE

Vuestra Majestad y Vuestras Altezas han de tratar asuntos de familia...

REY

¡Oh, no!... Asuntos que importan también al Estado... Figuraos el conflicto si mi sobrina quisiera imponernos un nuevo capricho...

EUDOXIA

¿Qué dices? Me asusta...

REY

Máximo ha creído advertir..., y cuando él lo ha notado debe ser evidente...

EUDOXIA

¿Qué?

REY

Que Constanza no hace el menor caso al duque Alejandro y coquetea en cambio con el príncipe Alberto...

EUDOXIA

¡Oh!... ¡Máximo! Esa observación es impropia de ti... Todos lo hemos observado, pero estoy segura de que nadie le ha dado ese alcance... ¿Coqueteo? Afabilidad..., cortesía... Constanza estaba más obligada que nadie...

REY

Sí... Está bien. Pero esa afabilidad, esa cortesía, no justifican desviarse así de su prometido...

EUDOXIA

¡Oh! Desvío... ¡Discreción! Por lo mismo que ya están seguros de su cariño, no es cosa de darnos espectáculos de ternezas..., como otras personas, que no debieran darlos...

REY

¿De modo que tú crees...?

EUDOXIA

Que Máximo no sabe lo que se dice..., como casi siempre...

MÁXIMO

Gracias...

EUDOXIA

Antes era sólo aprensivo consigo mismo; ahora le ha dado por serlo con los demás... Cree que si todo eso que él supone fuera cierto, él no se hubiera enterado de nada.

MÁXIMO

Esa idea tienes de mí...

EUDOXIA

Con fundadas razones...

REY

Sí, sí... Yo estimo en mucho tu parecer... Las mujeres conocen mejor el corazón de otras mujeres... Pero lo cierto es que las observaciones de Máximo vienen a confirmar mis propias observaciones. Constanza y el Príncipe están siempre juntos, se buscan, se encuentran. Felicidad, en cambio, apenas habla con él ni él con Felicidad: naturalmente... No era esto lo acordado... Todo esto es bastante incorrecto. El duque Alejandro tampoco está en situación airosa... Ahora doy también su verdadero valor a una frase del Embajador de Suavia a la que yo no concedía la menor importancia.

EUDONIA

¿Qué frase?

REY

No la recuerdo... Pero sé que ayer no significaba nada y hoy significa mucho... ¡Ah, sí! Ya

recuerdo: veo que en la corte de Franconia son innecesarios los Embajadores; basta con las Embajadoras...

MÁXIMO

¡Oh, no hermano mío!... Esa frase corresponde a otro orden de ideas...

REY

Quiso significar que un capricho de mi sobrina ha bastado para desbaratar todas las combinaciones diplomáticas y pudiera volver a desbaratarlas... Pero eso no, eso no puede ser...

EUDOXIA

¿Quién piensa en eso? ¡Qué injustificada alarma! Todo por ti...

REY

Creo lo más acertado que llamemos a Constanza ahora mismo y le pidamos una explicación franca de su conducta...

EUDOXIA

Vas a darle un disgusto.

REY

No, querida Eudoxia; no... Yo desconfío de todo... El corazón de las mujeres no me ofrece ninguna clase de seguridades... Constanza ha sido siempre una niña mimada. Todos habéis sido a celebrar y a proteger sus amores románticos.

EUDOXIA

Yo nunca...

MÁXIMO

Yo mucho menos...

REY

Cuando yo me enteré de todo, el último como siempre, ¿qué podía yo hacer?... Ya era tarde para oponerme... Hasta la opinión popular estaba de su parte... Mi Gobierno me aconsejó lo más conveniente, se halló una solución satisfactoria para todos. El Gobierno de Suavia aceptó nuestras proposiciones, cuando bien pudo no aceptarlas. ¡Y pensar que ahora, porque el príncipe Alberto no sea el monstruo que ella se figuraba, cuando no podía nombrársele sin verla deshecha en lágrimas, porque sea simpático, amable, ilustrado, lo que todos sabíamos, lo que no podía por menos de ser..., y el duque Alejandro..., en cambio, ya no parezca el trovador que sólo canta amores y quiera mostrarse más serio y más digno de su elevada posición..., hemos de consentir que la Princesita loca quiera jugar con nosotros, como si fuéramos las muñecas que dejó hace muy poco!...

EUDOXIA

¡Qué exaltación! ¡Qué incoherencia!... Habéis conseguido trastornar mis ideas... Todo esto sobre el susto del atropello... Permitid que sea yo quien hable primeramente con Constanza. Tráela tú, Máximo; pero no la prevengas de nada... Yo insinuaré con habilidad. Estoy segura de que no hay ningún fundamento para alarmarse. Ofendemos a Constanza. En cuatro días no se cambia

así... No se olvida y no se ama tan pronto. ¡Qué idea tenéis de nosotras!... Llama a Constanza... Dejádme sola... Quiero que me abra de par en par su corazón. (*Sale Máximo.*) Yo no sé cómo puedes hacer caso de Máximo... ¿No le conoces?

REY

Sí; pero también conozco a mi sobrina... Y la verdad, ¿a ti te sorprendería que pudiera haberse enamorado del Príncipe?

EUDOXIA

A mí nada. Pero no quería decírtelo delante de Máximo.

REY

Eres mujer... Tú sabrá averiguarlo... Dejemos a la Princesa... Si fuera cierto, debes hacerla comprender...

EUDOXIA

Deseuida... Le hablaré con severidad. (*Salen el Rey y el Presidente.*)

ESCENA IV

La PRINCESA EUDOXIA y la PRINCESA CONSTANZA

CONSTANZA

Me ha dicho Máximo que deseabas hablar conmigo. ¿Qué ocurre?

EUDOXIA

Nada. ¿Él no te ha anticipado algo?

CONSTANZA

No.

EUDOXIA

Más vale así. Es de una indiscreción... Escucha... Vamos a hablar como dos buenas amigas...

CONSTANZA

¿Hay buenas amigas?

EUDOXIA

Tienes razón. La amistad entre dos mujeres es como la alianza entre dos naciones: más que para favorecerse ellas es para molestar a las demás...

CONSTANZA

¿Se trata de molestar a alguna?

EUDOXIA

En este caso, no... Se trata... ¿Me prometes absoluta sinceridad? Siempre me has tenido de tu parte... Yo no soy de las que se asustan de todo, como la Duquesa de Berlandia...

CONSTANZA

Ya sé lo que vas a decirme; lo que acabo de oír a la Duquesa, poseída, como tú dices, del mayor espanto... Que todo el mundo me cree enamorada del príncipe Alberto...

EUDOXIA

¿Por lo visto no se habla de otra cosa? Tenía razón Máximo.

CONSTANZA

Y pesarosa de mi matrimonio con el duque Alejandro... Que todo el mundo ha notado que apenas hablo con él, y no me separo, en cambio, del Príncipe...

EUDOXIA

Sí; todo eso... Pero es que... No es que yo me asuste; pero comprende que si todo eso fuera verdad...

CONSTANZA

Sería el fin del mundo, de nuestro pequeño mundo. ¿No es eso?

EUDOXIA

Empiezo a asustarme... Constanza, ábreme tu corazón... Sepa yo la verdad de tus sentimientos en el momento actual... Te veo en camino de ser muy desgraciada.

CONSTANZA

Eso no. Como supe imponer mi voluntad una vez, sabré imponerla siempre...

EUDOXIA

Ya estoy asustada... ¿Luego es cierto? ¿Amas al Príncipe?

CONSTANZA

Verás... Voy a explicarte, y así me iré explicando yo misma mis impresiones desde que hablé con el Príncipe sin la preocupación matrimonial. Primeramente, me pareció muy poseído

de sí mismo, como si él solo poseyera el secreto de la existencia... Todo previsto, todo reglamentado conforme a una idea preconcebida... Como si antes de nacer le hubieran leído una especie de ordenanza militar... Algo necio; en fin, un espíritu en línea recta, obediente al imperativo categórico... Estos términos filosóficos de que yo sólo conservaba una ligera idea, hablando de él acuden a mi memoria como asociados a su persona, que más parece un símbolo..., el símbolo del deber... Comprende que nadie se enamora de una abstracción.

EUDOXIA

Seguramente... Pero todo ese empaque y ese aplomo no es más que falta de mundo... La educación de Suavia. Esa nación medio cuartel, medio universidad... Un año de vida en París le hubiera curado de esa pedantería. Comprendo que no te sea simpático...

CONSTANZA

Pero comprende que ante un espíritu de esos inflexibles que parecen y se creen superiores a toda emoción... que pueda trastornar sus ideas..., por poco mujer que una sea..., y yo lo soy mucho, se siente un deseo irresistible de probar toda la fuerza de nuestras armas.

EUDOXIA

¡También lo comprendo! La cabellera de Sansón es siempre apetecible trofeo... Y dime... Baja la voz. Tal vez escuchen... Tú no sabes. Dime..., ¿has coqueteado horriblemente?

CONSTANZA

No tanto como él...

EUDOXIA

¡Ah! Vamos... El señor filósofo quería tal vez desquitarse de haber sido desairado... Y en ese nuevo aspecto..., dime... No sabes lo que me divierten estas confidencias... ¿Ya habrá sido otro hombre?

CONSTANZA

No... Es serio hasta para enamorar; pero es tan persuasivo...

EUDOXIA

¡Ay, lo que vamos a dar que hacer a la diplomacia!...

CONSTANZA

No, ya no... Es un sueño...

EUDOXIA

Otro sueño, dirás.

CONSTANZA

¡Soy muy desgraciada!

EUDOXIA

¡Constanza!

CONSTANZA

Nadie ha consultado nunca mi corazón. ¿Qué sabía yo si podía querer a un príncipe que venía de tan lejos, con quien sólo había hablado una vez en mi vida?

EUDOXIA

¿Y quién iba a saberlo? Tú sabías que amabas al duque Alejandro...

CONSTANZA

¿Qué sabía yo si amaba al duque Alejandro?

EUDOXIA

¡Si tú no lo sabías...!

CONSTANZA

¿Qué sabía yo de nada?

EUDOXIA

Eso es verdad.

CONSTANZA

Y ahora querrán casarme a pesar de todo.

EUDOXIA

¿Qué dices? ¿Pero has pensado otra cosa?...

CONSTANZA

He pensado que el duque Alejandro ya no es el mismo. ¿Has notado qué suficiencia, qué aire impertinente?... Ya sólo piensa en brillar, en ser el ídolo del pueblo, del ejército... No habla más que de nuevas tácticas, de nuevas estrategias, de organizaciones militares, de la cuestión social... ¡Oh!, ¡intolerable!...

EUDOXIA

¡Constanza!

CONSTANZA

Antes no hablaba más que de mí, no pensaba más que en mí... Todos decían que estaba loco; en la corte le tenían por un tonto, completamente insignificante... Por eso le quise.

EUDOXIA

No celebro el motivo. Todos le prefieren ahora...

CONSTANZA

¡Todos! Y él piensa en todos más que en mí. Y esto antes de ser príncipe. No ha sabido disimular sus ambiciones. Ya se cree que es él quien me dispensa el honor de casarse conmigo, él quien pone a mis plantas todos sus prestigios populares. Poco le falta para creerse el salvador de la Monarquía. Si estará seguro de su importancia, que ni siquiera se le ha ocurrido tener celos del Príncipe... Y cuidado que delante de él yo extremaba mis atenciones... Pero nada; me creía en mi papel de Princesa—porque ya no soy para él más que la Princesa—. ¡Valía la pena de haber causado tantos disgustos para esto!

EUDOXIA

Es inútil hacerte consideraciones...; te haces cargo de todo.

CONSTANZA

Y ahora dirán que soy yo, yo la que cambia de ideas a cada momento. Dirán que soy una chiquilla loca, una de tantas princesas sin juicio... Y yo soy la misma, la misma de siempre.

EUDOXIA

En eso estamos.

CONSTANZA

¿Valía la pena de haber renunciado por él a un trono, para que él ahora sueñe tal vez con proclamarse rey!

EUDOXIA

¡Qué disparate!

CONSTANZA

Le creo capaz de todo. Todo significa para él más que yo..., todo...

EUDOXIA

Calla... Máximo llega con él. Ten juicio, Constanza.

ESCENA V

DICHAS, el PRÍNCIPE MÁXIMO y el DUQUE ALEJANDRO

ALEJANDRO

¡Alteza!

EUDOXIA

Duque.

MÁXIMO

¡Constanza! Traigo conmigo al duque Alejandro. Mi querido Alejandro, no sabe él cuánto el quiero..., como te quiero a ti, como quiero a

todos... Yo no sé si habré cometido una indiscreción.

EUDOXIA

Seguramente.

MÁXIMO

Pero en mi deseo de prevenir, más que de evitar — máxima de buen gobierno, en las familias como en los Estados—, he querido deshacer todo *mal entendu* entre vosotros.

ALEJANDRO

El Príncipe me ha dicho que todo el mundo ha creído advertir cierto desvío entre nosotros. Yo sólo lo había advertido de parte tuya. En la corte parece que esto se comenta. Quisiera saber de ti si no es más que recelos de todos o si es mi conducta la que ha dado ocasión a ello.

CONSTANZA

¿Oyes?

MÁXIMO

Explicaos francamente.

CONSTANZA

No soy yo, es Alejandro quien debe hallar en sí mismo la explicación... ¿O es que puede cambiarse de modo de ser o de aparentar con esa inconsciencia?

ALEJANDRO

¿Yo? ¿Que yo he cambiado?

CONSTANZA

¿Oyes?

EUDOXIA

Permitidme. Mi querido Duque, no sabéis lo que yo os quiero; los hombres, generalmente, tienen una falsa idea de nuestro corazón.

MÁXIMO

Eudoxia, déjate de psicologías.

EUDOXIA

¡Calla! No es suya la culpa. Son tantas las mujeres que sólo aman por vanidad, que cuando son amados verdaderamente, es decir, por algo que no es su riqueza, su posición, ni su talento, ni su figura..., ellos mismos no saben darse cuenta de por qué son amados.

MÁXIMO

No es fácil.

EUDOXIA

Creéis que el amor de una mujer sólo puede estar en razón directa de los merecimientos del hombre. ¡Qué error tan triste!

MÁXIMO

¡Oh manes de Molière y sus mujeres sabias!

EUDOXIA

Y el verdadero amor es patrimonio de los humildes. Los grandes hombres sólo conocen el amor por vanidad...; gracias a que su vanidad

propia no les permite conocer el engaño. Para ser amado no es preciso hacer merecimientos, ¿comprendéis, duque Alejandro? Constanza amó sólo al enamorado, y los grandes enamorados no fueron nunca ni los grandes héroes ni los grandes talentos. Ésos están sobre el amor... Romeo era un mozuelo insubstancial, sin pizca de juicio.

ALEJANDRO

Y Julieta una chiquilla con menos juicio todavía.

CONSTANZA

¡Oh! ¿Has oído?

ALEJANDRO

Comprendo lo discreto de vuestras alusiones y no sé si Constanza habrá comprendido lo irónico... Yo sé que la Princesa pudo amarme, corresponder a mi amor sin méritos de mi parte... Pero yo creí que ella estimaría mis nobles deseos por mostrarme digno a los ojos de los demás de haber merecido su preferencia...

CONSTANZA

¡Los demás, los demás! Sólo en ellos piensas... Yo, ¿qué importo?

ALEJANDRO

Importa que no te juzguen una chiquilla caprichosa que eligió sin discernimiento.

CONSTANZA

¡Una chiquilla! Ya lo he oído dos veces... Aún es pronto para faltarme al respeto.

ALEJANDRO

Me obligarás a decir delante de todos lo que por prudencia callaba.

CONSTANZA

Alejandro...

MÁXIMO

Duque...

ALEJANDRO

Que para ti el amor es un bonito juego, una figura de cotillón en que los juguetes deciden con quién ha de bailarse...

CONSTANZA

¡Oh!

ALEJANDRO

Que si estuviera en tu mano volver a imponer un nuevo capricho...

CONSTANZA

Eso, sí; calificas muy acertadamente... Pero olvidas que aun está en mi mano. Siempre me será más fácil que abdicar de mi jerarquía volver a recobrarla.

EUDOXIA

¡Constanza!

MÁXIMO

¡Oh! Que las palabras quedan...

ALEJANDRO

Dices bien. Y si yo fuera el único obstáculo... Devuelvo a la princesa Constanza su palabra.

MÁXIMO

¡Duque!

CONSTANZA

Y yo la recojo...

ALEJANDRO

Mañana mismo saldré de Alfania... *(Sale.)*

ESCENA VI

DICHOS menos el DUQUE

EUDOXIA

¡Pero esto no es posible!

MÁXIMO

Pero, querida mía... Yo no acabo de darme cuenta... ¿Pero tú sabes...?

CONSTANZA

¿Pero no habéis oído? ¿Puede tolerarse ese tono..., esa insolencia?... Sería preciso que yo me hubiera olvidado de todo para tolerarlo...

EUDOXIA

¡Ay, ay! Pero tú no piensas en el conflicto horrible que nos amenaza. Cuando el Rey se entere... Y el Príncipe y todo el mundo...

MÁXIMO

No puede ser... No puede ser...

CONSTANZA

Yo estoy muy tranquila... No creí que pudieran solucionarse tan fácilmente mis irresoluciones...

MÁXIMO

Las llamas irresoluciones... Pues digo si llegas a resolverte...

EUDOXIA

Yo corro a buscar al Duque... No vaya a contar... Y a la Duquesa de Berlandia... *(Vase.)*

MÁXIMO

Y yo al Rey... Tú no has pensado... Estuviste mortificante, cruel... Piensa, reflexiona... Este rompimiento escandalizaría como un divorcio... Mucho más..., porque un divorcio siempre tiene una explicación... Pero ahora, ¿cómo hacer comprender al pueblo que eres tú, tú, la que has cambiado por propia voluntad?... Pensará que todo habrá sido una farsa de corte, del Gobierno... La aureola de popularidad que nos rodea a todos se trocaría en murmuraciones, en... ¿quién sabe? La Monarquía pudiera verse en peligro...

CONSTANZA

¿Qué me importa la Monarquía? ¿Qué me importa todo?... Yo proclamaré delante de todo el mundo que he sido yo, sólo yo, que se ha equivocado...

MÁXIMO

Y van a creerte... Aunque salieras gritando por esas calles... Creerán que entre todos habíamos conseguido imponernos a tu voluntad... Y aunque te creyeran, ¿piensas que esto es el juego de las cuatro esquinas, que ahora tú puedes casarte con el Príncipe y Felicidad con el Duque... y que la seriedad de dos Gobiernos puede consentirlo?...

ESCENA VII

DICHOS y la DUQUESA DE BERLANDIA

CONSTANZA

La Duquesa.

MÁXIMO

Duquesa...

DUQUESA

No me digáis nada... Estoy muerta... Vengo a medio vestir... Ya lo veis...

MÁXIMO

Pocas veces podréis interponer vuestra autoridad como ahora...

DUQUESA

Permitid... ¡Es horrible! Cuando la princesa Eudoxia me dijo...

MÁXIMO

No os preocupéis... Yo os colocaré el plumero.

DUQUESA

Gracias... Que el duque Alejandro os había faltado al respeto...

MÁXIMO

Eso no.

CONSTANZA

Eso sí...

DUQUESA

¿Qué os pronosticaba yo? Este es el fin de todos los matrimonios desiguales... Habéis estado expuesta a ser otra Gran *Mademoiselle*... ¡Pobre Princesa mía! Permitid que me desahogue... Nadie sabe lo que mi corazón venía padeciendo...

CONSTANZA

Duquesa... He podido ser muy desgraciada...

DUQUESA

¡Muy desgraciada!

MÁXIMO

¡Oh, oh!... Esto es lo que menos esperaba... Es decir, que en vez de hacerle comprender la horrible situación en que nos ha colocado..., cuando otras veces os asustáis por nada, esto os parece la mejor solución por lo visto.

DUQUESA

Yo no pienso en nada, no considero nada. Para mí lo primero es la felicidad de mi amada Princesa.

CONSTANZA

Sois muy buena, Duquesa. Nadie me ha querido así.

MÁXIMO

¡Oh! Todos locos, todos... Otras veces invocabais por cualquier cosa los prestigios de la Monarquía... Y ahora que está más en peligro que nunca...

DUQUESA

¿Qué importa todo? ¡Pobre Princesa mía!...

MÁXIMO

Yo debo prevenir al Rey de todo. No es preciso...

ESCENA VIII

DICHOS, el REY y el PRESIDENTE

MÁXIMO

Lo sabe...

REY

Duquesa... Cuidaréis que la princesa Constanza no salga de estas habitaciones, ni hable con nadie, hasta nueva orden.

CONSTANZA

Una prisión.

REY

Una jaula.

CONSTANZA

Es llamarme loca... ¡Duquesa de mi vida!...

DUQUESA

¡Princesa de mi alma!...

REY

Máximo, harás venir al duque Alejandro. Constanza quiere darle una satisfacción por sus imprudentes palabras.

CONSTANZA

¡Oh! Eso no...

REY

Eso sí. Duquesa..., aguardad cerca. *(Salen la Duquesa y el príncipe Máximo.)*

ESCENA IX

El REY, la PRINCESA CONSTANZA
y el PRESIDENTE

REY

Señor Presidente..., decid a la Princesa...

PRESIDENTE

Yo sólo puedo decir lo que acaba de oírme Vuestra Majestad. Mi Gobierno no puede aceptar las peligrosas contingencias a que, no tanto el

Gobierno como la persona misma de Vuestra Majestad, se verían expuestos de no efectuarse el matrimonio de la princesa Constanza con el duque Alejandro. No es un matrimonio por conveniencias políticas...; antes al contrario, hemos estado expuestos a peligrosas complicaciones por haber accedido a lo que parecía invencible inclinación en la Princesa... Sin las favorables disposiciones de la corte y del Gobierno de Suavia para facilitar una alianza entre las dos naciones, acaso hubiéramos tenido que lamentar una conflagración, dada la tirantez de relaciones políticas, resultado de la competencia comercial que existe entre ambas poderosas naciones...

REY

Muy bien.

PRESIDENTE

Este matrimonio, repito, no era un matrimonio por razones de Estado; era un matrimonio por amor, que por lo mismo contaba con las simpatías de todos, como hemos podido advertir en las sinceras manifestaciones populares de estos días..., absolutamente espontáneas y sinceras, según me han manifestado todos los jefes de Policía...

REY

Muy bien.

PRESIDENTE

¿Quién podría llevar ahora al ánimo del pueblo, ese niño grande, ese gran romántico...

REY

Muy bien.

PRESIDENTE

El convencimiento de que todo esto no había sido una intriga para burlarle? Los sucesos que hallan la más sencilla explicación cuando en esferas vulgares se desarrollan, en las altas esferas parecen siempre misteriosos e inexplicables. La Monarquía y el Gobierno pudieron arriesgar sus prestigios en obsequio de Vuestra Alteza, contando con la opinión popular... Pero no pueden arriesgarlos de nuevo contra esa opinión, a quien ni Vuestra Alteza ni nosotros mismos podemos explicar lo que nosotros mismos no nos explicamos... Recordad vuestros deberes de princesa para asegurar la paz del Estado... No es preciso que recordéis, porque vivos están siempre en vuestro corazón afectos de familia... Nada más.

REY

Muy bien... Nada tengo que añadir por mi parte... Te casarás con el duque Alejandro...

CONSTANZA

¡Oh!

REY

O serás declarada falta de juicio, única explicación razonable de tu conducta.

ESCENA X

DICHOS, el PRÍNCIPE MÁXIMO y el PRÍNCIPE SILVIO

MÁXIMO

El duque Alejandro no parece por ninguna parte... Silvio dice que lo vieron salir de Palacio.

SILVIO

Sí...; yo quise preguntarle, pero la Embajadora de Suavia, que hablaba conmigo...

REY

¡Ah!... También he de hablar yo contigo de ese asunto... ¡Conque la Embajadora de Franconia...!

SILVIO

No. He dicho la Embajadora de Suavia.

REY

La costumbre... Me pareció oír... Yo te aseguro que he de poner orden en todo...

MÁXIMO

No riñas a Silvio... No es culpa suya... La Embajadora de Suavia es una gran patriota que se ha propuesto obtener un Tratado de comercio idéntico al firmado con Franconia..., y no deja a Silvio un momento.

REY

¡Ah! Ahora es ésta...

MÁXIMO

Siempre son ellas... Silvio se ha ofrecido a buscar al Duque... Lo peor es que se van enterando... El Embajador de Franconia, que es un lince para todo menos para sus asuntos particulares, es capaz de haber teleografiado a estas horas a su Gobierno. Ya sabes la antipatía con que él miraba la alianza con Suavia; estas complicaciones son para él un motivo de satisfacción.

SILVIO

Constanza, ¿puedo servirte en algo?

CONSTANZA

Sí... Deseo hablar con el príncipe Alberto... Pronto, muy pronto...

ESCENA XI

DICHOS y la PRINCESA EUDOXIA

EUDOXIA

¡Es horrible! Sabes que sólo falta media hora para la comida... Empiezan a llegar los convidados... El duque Alejandro no parece por ninguna parte... El Embajador de Suavia conferencia con el príncipe Alberto... El Embajador de Franconia discute con la Embajadora de Suavia... Felicidad se ha enterado de todo, y pregunta, hecha un mar de lágrimas, con quién la casan ahora... Es preciso encontrar al Duque... Es preciso que no trascienda nada de lo ocurrido. Es preciso que

todos tengamos serenidad... Y nuestra querida sobrina, la primera de todos... ¿Qué haces, Silvio? Busca al Duque, y tú, Máximo... Y dejad a Constanza conmigo... Estoy segura de que ha de atender a mis reflexiones... Señor Presidente, recibid a los que van llegando... Desmentid los rumores, tranquilizad al Embajador de Suavia... Concededme un voto de confianza...

REY

Está bien. Si dentro de media hora Constanza no ha recobrado la razón, se avisará a los médicos para que diagnostiquen. *(Salen todos menos Eudoxia.)*

ESCENA XII

La PRINCESA CONSTANZA y la PRINCESA EUDOXIA

EUDOXIA

Considera a lo que puedes dar lugar... ¡Un caso de locura! ¡Constanza, hija mía!... ¿No hablas?... ¿No contestas?...

CONSTANZA

Me han dado la mejor solución. Fingiré que estoy loca... Pero mi locura consistirá en callar, callar a todo... Ya ves mi desgracia. Porque soy princesa no puedo haberme equivocado. Tengo que resignarme a unirme para siempre a un hombre que yo no conocía, que ni siquiera es de mi condición, un ambicioso, un fatuo..., a quien

ahora habré de dar satisfacciones..., humillarme... Pero no; antes la reclusión, el martirio, todo... Felicidad puede casarse con el Príncipe. Ese será mi sacrificio. Yo también sé sacrificarme por los demás... Pero sacrificarme yo..., yo no..., nunca. Que todos sean felices... si pueden serlo... con el remordimiento de haber causado mi infelicidad.

EUDOXIA

¡Ay, ay!... Si continúas así vas a dar la razón a los doctores.

ESCENA XIII

DICHOS y el PRÍNCIPE SILVIO

SILVIO

Eudoxia.

EUDOXIA

¿Qué quieres? Estoy sobresaltada... Hay días terribles... Al salir de casa, el atropello...; después... ¡quién sabe!... ¿Qué día es hoy?... No soy supersticiosa..., pero es un día nefasto...

SILVIO

Felicidad quiere hablar contigo... Te espera con el duque Alejandro.

EUDOXIA

¡Ah!... ¿Le encontraste?

SILVIO

Yo no. Felicidad que le llamó por teléfono. Los dos están llorando.

EUDOXIA

Voy corriendo. Ese llanto me asusta. *(Sale.)*

SILVIO

No es verdad que haya parecido el Duque. Pero Felicidad ha quedado en entretenerla. No sabes lo que me ha costado alejar de aquí a todo el mundo. El Príncipe vendrá en seguida.

CONSTANZA

Gracias, Silvio.

SILVIO

La Embajadora de Franconia le había tomado por su cuenta. Sin duda para enterarse de algo... ¡Oh, es temible!... ¡Tiene una facilidad para enterarse de todo!... Gracias a mi discreción... Pero no sabes... Cuando las últimas maniobras todo era preguntarme detalles de nuestra organización militar... Y posee un arte para intercalar las preguntas... ¡Es temible, temible!... ¡Si yo hubiera sido otro!...

CONSTANZA

¿Y dices que el Príncipe...?

SILVIO

¿Pero de veras, Constanza, es verdad lo que dicen? ¿Que el Príncipe se ha enamorado de ti?

CONSTANZA

¡Ah! ¿Dicen eso?

SILVIO

O que tú te has enamorado del Príncipe. Es lo mismo.

CONSTANZA

No, no es lo mismo.

SILVIO

Para mí sí. A mí me hace gracia de todas maneras... Porque yo siempre he sostenido esa teoría: que se puede amar más de una vez, muchas veces y siempre lo mismo; que el corazón humano es la única república que existe... Calla..., sí..., ahí está... Espera que yo le avise... ¿No quedaba nadie por aquí?

CONSTANZA

La Duquesa, mi carcelera. Pero, mira, se ha dormido.

SILVIO

Yo rondaré por si llega alguien... Si me oyes tararear un vals...

CONSTANZA

No pienso ocultarme.

SILVIO

No dirás que no soy bondadoso... Espíritu de clase... Clase de corazones que no consideran la fidelidad como una virtud... Es de familia. *(Sale.)*

ESCENA XIV

La PRINCESA CONSTANZA y el PRÍNCIPE ALBERTO

CONSTANZA

¡Alberto!

ALBERTO

El Rey te espera con el duque Alejandro.

CONSTANZA

¿Por fin se ha dejado encontrar? Yo creí que había corrido a suicidarse desesperado.

ALBERTO

No, por fortuna... Me han dicho que querías hablarme y me he apresurado a venir, porque quiero ser yo quien te lleve a él así, de la mano, como a una niña rebelde... que va a ser muy buena.

CONSTANZA

¡Tú! ¿Llevarme tú?

ALBERTO

Yo, sí. ¿Quién con más cariño?

CONSTANZA

Príncipe Alberto, estamos jugando con nuestro corazón.

ALBERTO

¿Hay otro modo de persuadir a los niños caprichosos que ofrecerles juguetes? ¿Cómo hubie-

ras llegado a comprenderme si no hubiera hablado a tu corazón? Supe hacerme amar, para hacerme ahora obedecer. ¿No es verdad, mi Princesa revolucionaria? ¿La de ideas y sentimientos propios? ¿La que quiso *vivir su vida*, como una heroína de Ibsen?... Pero no sabes tú que todas las tiranías las acaba una revolución y todas las revoluciones las acaba un tirano... ¿Quién piensas tú que soy, el tirano o la revolución?

CONSTANZA

No lo sé, ni me importa... Ni sé si te quiero o si te odio... Sé que has venido a trastornar mi vida.

ALBERTO

Entonces es que soy la revolución.

CONSTANZA

—Sé que me eras odioso antes de conocerte..., porque te veía siempre como un obstáculo a mi felicidad. Cuando ya libre de ti me creía dichosa, me pareciste un ridículo pedante; me hablaste de deberes, de sacrificios, de satisfacción íntima. Te escuchaba burlona... y, a pesar mío, supiste imponerme severidad. Quise saber entonces si tus severas lecciones eran para hacerme amar la verdad o por hacerte amar.

ALBERTO

Por algo más que todo eso: porque te amaba.

CONSTANZA

¿Desde cuándo sin conocerme?

ALBERTO

Desde que me destinaron para ser tu esposo. Era mi vida fácil y alegre... Un día exigieron de mí un deber de príncipe, y lo acepté gustoso, sin discutir su fundamento. Dependía de mí la amistad de dos Estados, tal vez la paz de dos pueblos... Desde entonces fui embelleciendo mi espíritu fiel a esta idea del deber más que a tu hermosura, para embellecer después nuestra vida de príncipes que yo soñaba.

CONSTANZA

¿Y era esa vida...?

ALBERTO

No la que tú soñabas entretanto... No era apartarnos absortos en nuestro cariño por el sendero de las flores raras que conduce a la torre de marfil de nuestras fantasías; era marchar por el camino de todos, confundidos con los humildes que trabajan y mueren por nosotros, los grandes de la tierra, y aun les basta para perdonarnos con saber que nuestra compasión no les olvida en su miseria... Era bordear con las flores de nuestros jardines los campos de trabajo y de pena... Era... hacer que en nuestro lujo no vieran ostentación insolente de nuestra vanidad, sino trabajo para sus manos, pan para su boca, alegría para sus ojos... Que nuestra cultura no fuera recreo egoísta de nuestro entendimiento, sino amor santo a la verdad, para que nuestras leyes fueran más justas, más clara nuestra ciencia, más bello nues-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
*ndó. 1625 MONTERREY, MEXICO

tro arte... Era vivir para el amor de todos..., para que todos nos amaran.

CONSTANZA

¿Todo eso soñabas... conmigo?

ALBERTO

Tu imagen era lo más borroso de mi sueño...

CONSTANZA

Por eso no te costó sustituirla...

ALBERTO

Sólo debía fidelidad a mis sueños... La corte y el Gobierno de Suavia quisieron romper toda negociación al saber que tú no me aceptabas... Yo fuí el que propuso mi matrimonio con la princesa Felicidad... Del capricho de una princesa no podía depender la buena amistad de dos naciones.

CONSTANZA

¿Crees tú que significamos tanto?

ALBERTO

Bien sabemos que no. Pero si algo significamos, no será por eludir un sacrificio, sino por aceptarlo... Los pueblos no entienden de ideales si no los ven personificados. Todas las conveniencias políticas no le darían tanta seguridad como nuestra unión.

CONSTANZA

No lo creo. Ya ves que el pueblo simpatizaba conmigo por haber elegido libremente.

ALBERTO

Si... al pronto. Nuestras rebeldías pueden ser buena disculpa para las tuyas... Y el día que los vemos revolverse amenazadores contra nosotros..., hablamos de indisciplina social..., nos indignamos contra los culpables sin acertar con ellos. Es la palabra, son los libros, es el periódico, es la falta de creencias, y no vemos que acaso la mecha que prendió el incendio fué algún gracioso capricho de nuestra fantasía de príncipes..., que nosotros creímos insignificante y fué ejemplo de indisciplina. ¿Para qué rebeldías? Ya lo ves...; no quisiste sacrificararte a los deberes de tu condición con dignidad de princesa, y has de sacrificararte ahora sin majestad, como una pobre mujer engañada...

ESCENA XV

DICHOS y la PRINCESA FELICIDAD

FELICIDAD

Constanza, el Rey te espera con el duque Alejandro. Nadie hablará de lo ocurrido, pero si te niegas a obedecer..., ¡hermana mía, si yo pudiera sacrificarame otra vez!... Pero no es posible.

CONSTANZA

Sería un verdadero sacrificio... Ámale mucho...

FELICIDAD

Pero tú, ¿no serás dichosa?

ALBERTO

Ahora es cuando mejor puede serlo. De niño me dieron a leer un libro de apólogos — con él nos educan a los príncipes de Suavia — y en uno de ellos..., una bella princesa suspiraba también por la felicidad, y su hada protectora le prometió que la conseguiría si lograba conocerla al pasar por su lado... Y pasaron como hermosas hadas la riqueza, la alegría, el poder, la gloria..., y la princesa creyó que todas ellas eran la felicidad esperada, y no era ninguna..., y pasó una vieja de ruín aspecto que con ojos y semblante de haber llorado mucho, sonreía, sin embargo, dulcemente. «¿Quién eres tú?», preguntó la princesa. «Si me sigues podrás saber mi verdadero nombre»; y la princesa la siguió por caminos penosos, y al fin de ellos la vieja mudó su triste aspecto en la mayor hermosura del mundo. «Tú eres la felicidad.» «No, la felicidad no existe; yo soy el sacrificio..., pero de cuantas apariencias encubren la felicidad, soy la más verdadera.»

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. Todos los personajes en el fondo. El Rey avanza con el duque Alejandro.

REY

Constanza, supongo que tu indisposición habrá pasado.

ALBERTO

Sí; ya está repuesta.

ALEJANDRO

Perdón, Constanza; yo seré el que tú quieras.

CONSTANZA

No, perdóname; el que debes ser.

ALBERTO

No olvide el apólogo... Es la mejor enseñanza de príncipes y princesas y de los espíritus superiores que por brillar en alto se creen desprendidos y libres de esta armonía social, imposible sin el sacrificio de todos, que sólo deja de ser sacrificio cuando es amor...

FIN DE LA COMEDIA